

Sergio Pitol

La Vida Conyugal

(Un fragmento)



A Laura Cázares

Fue una suerte tener la casa escriturada a su nombre. Le quedaba al menos ese lugar donde refugiarse. El licenciado Paredes le sugirió deshacerse de ella y, con el dinero que obtuviese, comprar un departamento que otro cliente estaba por poner a la venta en la colonia Nápoles.

—Quedará usted a medio camino entre Coyoacán y Polanco, los dos sitios donde hasta ahora ha vivido —comentó el abogado. ¡Como si quedar a mitad del camino pudiese aligerar la angustia y el pánico que se habían apoderado de ella!

El dinero, insistía Paredes, debería ponerlo de inmediato en una cuenta bancaria para preservar el capital y poder vivir de los intereses. Sin embargo, no fue posible comprar aquel departamento en la Nápoles, pues la venta de su casa demoró más de lo previsto. En distintas ocasiones Nicolás le presentó documentos para firmar y ella lo hizo siempre de manera mecánica, sin preguntar siquiera de qué trataban, confiada en la capacidad de su marido para los negocios. Cuando quiso vender, resultó que la casa de Polanco estaba gravada con una fuerte hipoteca. Sólo después de una cadena de trámites engorrosos y para ella incomprensibles que tardaron más de un año en resolverse, en alguno de los cuales un notario le mostró papeles firmados con su puño y letra de los cuales ella no guardaba ningún recuerdo, el licenciado Paredes pudo hacer la operación y obtener una cantidad ridícula por aquel caserón en donde había sido tan desdichada. Un empleado del abogado se encargó de la venta de los muebles, por los que recibió también una bicoca.

Y un día se descubrió viviendo en un pequeño departamento pobremente amueblado en la calle de Balderas. Así pues, no había escapado al sino de sus familiares; también ella había vuelto a chapotear en la miseria. Vivía con los reducidos intereses que le pasaba el banco, pero estaba decidida, por primera vez desde el día de su boda, a ser cuidadosa con el dinero. A partir de su traslado a la calle de Balderas no podía hacer otra cosa que no fuera jugar solitarios y rumiar de manera obsesiva su pasado. La vida se le aparecía como un viaje sin destino a través del desierto. En el fondo, se decía, a pesar de lo que pudieran indicar las apariencias, su camino había conocido

muy pocas variaciones. El problema más grave en el futuro inmediato no le parecía tanto el económico como el derivado de la inmensa soledad que la cercaba. No se sentía capaz de pedirle ayuda a ninguna de las amistades de Lobato. La prensa la había tratado tan despiadadamente que daba por hecho que sería expulsada de cualquier lugar a donde se presentara. Dirigirse a sus familiares era algo que ni siquiera se le hubiera ocurrido pensar. ¡Jamás le proporcionaría un gusto de semejante magnitud a María Dorotea! El pilar emocional más sólido, aparte de sus relaciones conyugales o extraconyugales, lo constituía desde muchos años atrás su amistad con Mágina Armengol. Estaba segura de que el sentimiento era recíproco. El tiempo se encargaría de aclarar los equívocos surgidos entre ellas. Llegaría el momento en que Mágina la necesitara con una intensidad igual a la suya. Conversarían como si nada hubiera ocurrido. Pensar en Mágina la retrotraía a sus felices años de estudiante, al noviazgo con Nicolás Lobato, a su matrimonio y a las distintas vicisitudes conocidas en la vida conyugal. Por Mágina había transpuesto la puerta de ingreso al mundo de la cultura. Aquella amistad le otorgaba unidad a su vida. Pensar en Mágina significaba revivir las noches de preparación de exámenes a base de benzedrina, las fiestas de la juventud, las cubas libres, el vodka Smirnoff, las ginebras corrientes, las respectivas e intolerables crudas, las desveladas hasta el amanecer bailando mambo y chachachá. ¡Una apariencia de gran desorden y en el fondo una absoluta inocencia! Después, el nacimiento de nuevas aspiraciones: galerías de pintura, cine-clubs, lecciones, años enteros cultivándose para ser una mujer a quien su marido no pudiera rebajar cuando le viniera en gana. ¡Para lo que le había servido! Sabía muy bien que, muerta su madre, su auténtica familia no la constituían María del Carmen, María Dorotea, Adrián ni Marcelo, sino Mágina y alguna que otra persona de su círculo. Por eso, la buscó antes que a nadie al salir de la cárcel. Con resultados muy pobres, como ya sabemos.

Cuando consideró que había pasado el tiempo suficiente para que Mágina se repusiera del sobresalto inicial, volvió a llamarla. Su amiga recibió la llamada y Jacqueline la saludó con un esfuerzo titánico, tratando de adoptar un tono si no desenfadado por lo menos con cierta apariencia de normalidad. En el primer angustioso momento de incertidumbre pensó que su amiga le colgaría el teléfono. Pero, por lo visto, Mágina Armengol había decidido ya a esas alturas establecer de manera definitiva su posición; permaneció en silencio al principio, hasta que Jacqueline, cada vez más titubeante, acabó por preguntar si la estaba escuchando. En ese momento, con una voz impersonal, de acero, la otra dijo que le exigía, no que le rogaba, no que le pedía, sino así, que le exigía suspender toda clase de contacto con ella y también con los maestros y alumnos de su Academia. Le dijo cosas tremendamente desagradables sobre los hechos de que se había enterado por medio de la prensa, en especial sobre las relaciones sostenidas con uno de los maestros de su institución, como si nunca, se dijo ella más tarde, ¡a pesar de que durante años había sido su confidente más íntima!, hubiese advertido que sus lazos con Ferraris eran más íntimos de los que normalmente establece una alumna con un maestro. Afirmó también que la prensa la había enterado de algunas situaciones, cuya sordidez jamás se hubiera atrevido a imaginar, tales como el proyecto de asesinar a su marido, en el que, con evidente mala fe, había tratado de implicar al aludido profesor Ferraris.

—Me permito informarle —continuó, suprimiéndole el tuteo—, que tal vez me resulte a mí más penoso que a usted referirme a estos hechos. ¡Que quede muy claro que nuestro trato ha terminado! Nunca hubiera podido sospechar que correspondería con semejante conducta a las atenciones que yo y mi personal le deparamos durante el tiempo en que su presencia fue tolerada en esta institución de cultura. ¡Y eso es todo! —concluyó de pronto, colgando el auricular.

Para Jacqueline el golpe fue terrible.

El periodo que siguió fue el más desolado que conoció en la vida.

Resultaría conveniente revisar algunos acontecimientos previos para mejor comprender esta historia:

Cuando Jacqueline volvió en sí de la conmoción producida por los golpes que le propinó Gianni Ferraris, se puso en pie con dolores atroces y la sensación de estar

nuevamente a punto de perder el conocimiento; logró echarse un abrigo encima y salir de su casa. No sabía cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Ni siquiera se lavó la cara, donde la sangre había dejado costras que, junto a los hematomas producidos por derrames internos, la desfiguraban feamente. La mujer que con paso lento e inseguro deambuló un rato por las calles en busca de un taxi era toda ella un inmenso saco de dolores. Del consultorio de su médico fue enviada de inmediato a un sanatorio, donde permaneció internada alrededor de dos semanas. Fuera de una visita de Alicia Villalba, permaneció allí olvidada por entero. Le colocaron un corset de yeso, le dieron unas puntadas en una herida abierta sobre la ceja derecha, le aplicaron varias inyecciones diarias y le hicieron ingerir sedantes a toda hora. Desde el sanatorio llamó varias veces por teléfono al despacho de Paredes, quien nunca se puso al teléfono ni se reportó a sus llamadas. Una vez dada de alta, Jacqueline fue a visitarlo de inmediato. El abogado se disculpó con una displicencia que estaba en los límites de la grosería. Comentó que nunca le habían pasado sus mensajes, pero que no creía que valiera la pena discutir sobre fallas del pasado. Fue en esa ocasión cuando le aseguró que tenía derecho a conservar la casa de Polanco, pues estaba escriturada a su nombre, y le sugirió ponerla en venta y mudarse a un lugar menos costoso. Añadió que los dos automóviles los había tenido que entregar a un representante de los acreedores por estar a nombre de Lobato.

Jacqueline le pidió al abogado la dirección de su marido en España; le urgía, dijo, comunicarse con él y solicitarle instrucciones. ¿Debía venderlo todo y reunirse con él en algún lugar de España? Aún no sabía entonces nada sobre el gravamen que pesaba sobre la propiedad, y lo poco que iba a ser posible obtener con la venta de una casa hipotecada. El abogado se negó a proporcionarle la dirección solicitada. Primero tenía que consultar con su cliente, afirmó. Jacqueline se quedó muy consternada. Allí mismo escribió una carta y se la entregó a Paredes con el ruego de hacerla llegar a su destino. En ella le relató al marido que había sido detenida, vejada y calumniada, que vivía bajo la sensación de que aquel escándalo había ensuciado para siempre su vida; un profesor italiano de apellido Ferraris, no sabía si lograba acordarse de él, había sido obligado por medio de torturas a confesar la existencia de un complot para asesinarlo, ahí, a él, a Nicolás Lobato, para apoderarse de su fortuna, el cual por el rigor de los tratos recibidos había acabado por perder la razón; que había sido más tarde declarado inocente y excarcelado, y que durante uno de sus habituales ataques de locura la había agredido con una violencia criminal, de cuyas consecuencias distaba mucho de sanar del todo. Le pedía en esa carta, con delicadeza, alguna ayuda económica, una pensión mensual, que la ayudara a hacerle frente a su difícil situación, hasta que pudiera vender la casa y reunirse con él.

Jamás recibió respuesta a esa carta. Durante los meses siguientes volvió a ver al licenciado, quien se encargó de vender la casa hipotecada, así como los muebles, por los que, como se ha dicho, obtuvo una cantidad muy por debajo del precio real, pero que le permitió instalarse en el departamento de la calle de Balderas. Como en otras circunstancias de su vida, sus movimientos y los hechos mismos parecían realizarse en un paisaje onírico, donde ella era la protagonista y a la vez una conciencia que registraba y enjuiciaba todo lo que ocurría. Era mejor así, no llegar a darse cuenta de la magnitud de su desolación, del árido futuro que la esperaba. Poco a poco, sin advertir del todo el proceso, fue volviendo a registrar la realidad. No tenía clara conciencia del tiempo transcurrido en ese periodo. ¿Vivía aún en la casa de Polanco o se había mudado ya al modesto sitio de Balderas? En los primeros meses de recuperación de la realidad pasó la mayor parte del tiempo encerrada, tratando de leer algunas de las obras que había estudiado en la Academia, a las que desde su ingreso en la cárcel no se había asomado. De vez en cuando se abatían sobre ella rachas de melancolía; casi siempre anunciadas por un agudo desequilibrio nervioso. "Sólo faltaba que esto tuviera que ocurrirme a mí", mascullaba, "que tuviera yo ahora que sufrir el hormigueo en el cuerpo del que tanto se quejaba aquel maldito orate", y esos días cerraba los libros y permanecía tendida en la cama, tomando los medicamentos que un neurólogo, recomendado hacía poco por el doctor Montenegro, su médico, le había prescrito. Podía pasarse semanas enteras sin hacer otra cosa que no fuera jugar solitarios.





Al advertir que había pasado ya demasiado tiempo sin recibir noticias de Nicolás Lobato, hizo un nuevo esfuerzo por solucionar ella misma sus problemas. Se vistió con la mayor sobriedad posible y volvió al despacho del escurridizo Paredes; le pidió una recomendación para obtener un trabajo; pero el abogado, sin negársela del todo, tampoco se la dio. Como siempre, dijo que debía solicitar, ella podía comprenderlo mejor que nadie, una autorización de su cliente. Jacqueline le contestó que entendía sus escrúpulos, pero le quedaría agradecida si enteraba a Nicolás, cuando se pusiera en contacto con él, que había sido detenida, torturada física y moralmente, vapuleada sin compasión por la prensa, tratada como una mujer de lo peor, como una vil ramera, asaltada por un demente, y que en más de un momento había creído estar a punto, también ella, de volverse loca; que, sin embargo había soportado esas duras pruebas por solidaridad con él, por afecto, es decir, por amor, que le dijera también que se había mudado a un departamento muy modesto en Balderas número noventa y cinco, interior seis, pidiéndole que por favor le pusiera unas líneas a esa dirección con las instrucciones necesarias sobre lo que debía hacer en el futuro, si trasladarse a España o esperarlo en México.

Lo mismo: jamás recibió una línea de Nicolás Lobato. Vivió un año en el departamento de Balderas, aburrida, sin encontrarle el menor sentido a sus días, perdidas a partir de un momento las ganas de leer, sin amigos, sin recibir visitas, fuera de alguna esporádica de Alicia Villalba, o las de una anciana vecina, una médium parlanchina y generosa. Para entonces, Jacqueline había dejado de leer; le era imposible concentrarse. No se lograba interesar en nada. Abrir un libro le producía una nueva tristeza, la alteraba, porque la obligaba a admitir sus incapacidades. Fue esa vecina bondadosa quien la presentó con Mario y Manuel Requena, sus sobrinos, los cuales dirigían un negocio de libros esotéricos al lado del cine Metropolitan; ambos leían el Tarot y hacían horóscopos. Le ofrecieron trabajo y aceptó gracias a que la librería quedaba sólo a tres cuadras de su edificio. Le había cobrado pánico a los trayectos largos. Nada la habría hecho visitar Polanco, donde hasta hacía tan poco aún vivía, mucho menos el barrio de Coyoacán, en el que transcurrió la mayor parte de su vida, y donde entre otras ligas con su pasado, se encontraba la Academia de Mágina Armengol. Reconocía que de no haber aceptado ese trabajo se habría ido muriendo poco a poco, que tal vez habría acabado por suicidarse. La librería la integró de nuevo a la vida. Mario Requena se le acercó un día para decirle que el negocio funcionaba tan bien que había llegado el momento de abrir una sucursal en Cuernavaca. Le habían ofrecido un local muy apropiado a un paso del Casino de la Selva, El Zodíaco, un café perfectamente idóneo para instalar una sucursal de su establecimiento esotérico; se marchaba, no por desacuerdos con su hermano, sino por razones de salud; la altura de México le hacía mal, el corazón le había hecho ya un par de advertencias, y ella que ni siquiera se atrevía a alejarse unas cuantas cuadras de su departamento o de la librería, aceptó encantada, para su propia sorpresa, la proposición que Mario le hizo a continuación, y se instaló en una minúscula casita al lado de El Zodíaco. Vivió allí los diez siguientes años, sin sentirlos, sin vivirlos del todo. Aprendió los elementos más rudimentarios del lenguaje cifrado propio de su nuevo entorno. Mario Requena trató de enseñarle con la ayuda de un manual a leer las líneas de la mano, pero ella lo hacía sin la convicción, con una voz que no transmitía los efluvios adecuados, ni creaba expectación alguna de misterio, por lo que su maestro consideró conveniente hacerla desistir de la carrera quiromántica. En sus ratos de ocio leía, sin comprender una línea, fragmentos de libros esotéricos que la entretenían de una manera inexplicable, pero de los que no hubiera podido repetir más tarde una sola palabra. En una ocasión, poco después de su llegada a Cuernavaca, las cartas le dijeron que había vivido ya tres vidas diferentes y que tendría que conocer aún dos más para que el Pentagrama de su existencia se cerrara de un modo natural y los acordes de todo lo hasta entonces vivido se fundieran en la melodía que astralmente le estaba destinada.

—¿Cómo? ¿He vivido ya tres veces? —preguntó Jacqueline, sin ocultar su asombro.

—Lo que no me resulta claro —respondió Requena— es si se trata de tres vidas distintas que han tenido lugar en el seno de una misma persona o si se refieren a tres personas que integran una sola vida.



—¿Acaso no es lo mismo? —volvió a preguntar ella, todavía más perpleja.

—¡Así de oscuros son los arcanos de la vida! —concluyó Requena con voz soñadora.

Jacqueline decidió no hacerse leer más el Tarot, porque los resultados la afligían demasiado. Repasó con desaliento las tres vidas conocidas: la infancia miserable, la adolescencia sórdida, los años universitarios, los prodigios realizados para poder presentarse con un mínimo de pulcritud en la Facultad; la segunda fase daba comienzo con el matrimonio y su culminación la marcaba la pérdida de una casa en Polanco, donde, por decir algo, un mayordomo le servía los cereales del desayuno con guantes blancos, sino también la de una rica atmósfera intelectual que incluía los cursos en casa de Mágina Armengol, sus lecturas, los cuentos escritos y que se quedaron sin publicar, el trato con escritores y personalidades intelectuales de lo más diverso quienes periódicamente eran invitados a la Academia, un ambiente mucho más atractivo que aquel en que se movía su marido, dijera él lo que dijera; y la tercera, que se abría con la fuga de Nicolás Lobato y su inexplicable silencio, seguidos por la inmersión en la miseria, el exilio en Cuernavaca, donde vivía con una sola sirvienta y las más de las veces con ninguna, sin importarle qué comía ni cómo se vestía, sino sólo sobrevivir, como si esa fuera la única meta que le estuviera permitida. No encontraba ningún hilo que uniera esas tres distintas etapas de su existencia; aun entre las dos últimas, las más recientes, los nexos eran escasos, el más visible, lo constituía su trato con Alicia Villalba, quien después del derrumbe económico de Nicolás había permanecido en Cuernavaca, por supuesto no en Las Palmas, sino como gerente, y luego también como socia, de un restaurante francés donde le iba de perlas. La prima de Nicolás había sido con ella magnánima en extremo, al grado de dejarle en préstamo un automóvil que apenas usaba, para que pudiera movilizarse en Cuernavaca. A menudo, Jacqueline hablaba por teléfono con Alicia y con las pocas conocidas que tenía en la ciudad, todas ellas clientas de El Zodíaco, uno de los pocos recursos con que lograba disminuir su soledad. Le encantaba oír a la antigua secretaria de su marido engolar la voz y darse aires mientras hablaba de sus problemas en el restaurante, los que tenía con los empleados, con los proveedores, con los clientes, con Sara, su socia, la mujer con quien vivía desde que se había instalado en Cuernavaca, una francesa redondita y eternamente risueña, lo que no obstaba para que estuviera siempre dispuesta a contradecir en público a Alicia. Jacqueline apenas intervenía en las conversaciones telefónicas, pero oír durante un buen rato otra voz le desvanecía una ansiedad que los medicamentos no siempre lograban mitigar del todo.

Alicia Villalba acudía a El Zodíaco cada dos o tres meses a consultar su horóscopo y llevarse después a Jacqueline a cenar a algún buen sitio, pues consideraba como una obligación profesional frecuentar los restaurantes de la ciudad, conocer las novedades, hacer relaciones públicas y destacar su presencia en el medio. Y era lo suficientemente segura de sí misma como para que no le preocupara presentarse en público al lado de aquella mujer gorda, prematuramente envejecida, de aire aturrido, cabellera rala y descuidada, manos regordetas y uñas corroidas, ataviada por lo general con una túnica tan sin gracia que más que un vestido parecía el hábito penitenciario con que cumplía una manda religiosa. En esas ocasiones, cuando Jacqueline tenía la rara oportunidad de interrumpir alguno de los largos soliloquios de la restaurantera no era para hablar de alquimia, de quiromancia, del Tarot, como deseaba su amiga, sino para repetir una vez más la atroz experiencia que le significó ser detenida, encerrada en una celda, donde pasó los dos primeros días al lado de una delincuente de aspecto muy humilde, la cual le metió un miedo pavoroso con los relatos de su cautiverio, y luego seguir con los interrogatorios a los que fue sometida, su tremendo error al entablar amistad con un italiano a todas luces desequilibrado, un mitómano a quien le dio por confesar cosas espeluznantes, tal vez bajo la presión de a saber qué torturas, o tal vez por la demencia de la que había ya dado muestras en diversas ocasiones, para terminar siempre refiriéndose al largo e inexplicable silencio de Nicolás Lobato, y al llegar a ese punto suspirar profundamente, derramar algunas lágrimas y beber con precipitación un par de tazas de té de manzanilla.

Y precisamente un trece de marzo recibió una llamada de Alicia Villalba. Iría en un par de días a El Zodíaco, quería pedirle una cita con Mario Requena, aunque, añadió,

no sólo la llamaba para eso, sino para rogarle que ese día fuera al salón de belleza a hermostearse un poco y se pusiera su mejor atuendo; pues después de la sesión se la llevaría a L'Aiglon a celebrar su cumpleaños. Estarían sólo las dos; Sara, su amiga, había salido a pasar unos días en Cozumel con sus padres. Jacqueline suspiró. El día quince cumplía sesenta años.

Compró unos collares de bisutería y otros de bolitas de cerámica de colores muy vivos; fue a la peluquería, se puso un vestido color champaña, que una costurera local le había adaptado para que pudiera caber cómodamente en él; por fortuna no estaba demasiado pasado de moda; ella misma se quedó sorprendida de los resultados al verse en el espejo. Desde que Alicia llegó a El Zodíaco, Jacqueline captó en ella algo nada habitual; el saludo, por ejemplo, había sido un gesto ambiguo, triunfal y cómplice a la vez, al grado que llegó a pensar que esa noche su amiga se proponía hacerle algunas confidencias, hablarle tal vez de un problema sentimental entre ella y la francesa, en lugar de entretenerse como siempre en contarle sus problemas con proveedores y cocineros, con el fisco, los parroquianos, los meseros y el sindicato, y eso la entristeció, como la entristecía en los últimos tiempos cualquier anuncio de cambios. Todo se imaginaba menos lo que iba a saber esa noche. Alicia Villalba comenzó por regañarla, pues ni siquiera en esa ocasión aceptó tomar una copa de vino; Jacqueline se mantuvo firme, no se atrevía a contravenir la prohibición de su médico de mezclar el alcohol con sus tranquilizantes. Alicia insistió en lo especial que era ese día y brindó con un Campari seco en tanto que Jacqueline lo hizo con un vaso de agua mineral. A las preguntas de Alicia sobre si no le habían pronosticado las cartas alguna óptima noticia, le recordó que desde su llegada a Cuernavaca sólo una vez se había hecho leer el futuro, y que eso había sido al inicio. Se alteró tanto en esa ocasión, que prefería descubrir por su cuenta su destino y no por medios que en el fondo le producían pavor.

—Si lo hubieras hecho —le dijo Alicia—, no te sorprendería saber que Nicolás Lobato ha regresado a México. Se encuentra en Veracruz, en donde ha decidido instalarse. Parece que un problema de presión alta le impide subir a la capital. Volvió con todos sus asuntos legales en orden. Ha abierto una ferretería en el puerto. ¿Qué te parece? Me imagino que te interesará saber que no ha vuelto a casarse.

Jacqueline permaneció un buen rato en silencio, mirando a la anfitriona. Tomó una rebanada de pan, la untó con mantequilla, le espolvoreó sal y comenzó a comerla con excesiva parsimonia. En un determinado momento hizo una pausa para decir con una voz que no expresaba la menor emoción:

—Me parece difícil que pudiera casarse —y a duras penas, entre bocados de pan con mantequilla y con visible desgana, logró expresar que no podía hacerlo, por la sencilla razón de que nunca se había divorciado de ella.

Como si Alicia conociera el resto de la argumentación interrumpió a la festejada:

—Jacqueline querida, cuando un hombre se lo propone puede ser el mayor cabrón del mundo. Se puede divorciar a tus espaldas, de modo que seas la última en enterarte de que te has quedado sin marido. No sé si Nicolás se haya divorciado o no; lo único que sé es que llegó solo a Veracruz. Eso es todo. Quise ser yo quien te diera la noticia —se produjo una pausa, que interrumpió para decir—: Te parecerá raro, pero debo confesarte que desde hace bastante tiempo dejé de creer en la juventud —el cutis de Alicia Villalba era magnífico. Su rostro, cada vez más masculino, no mostraba ninguno de los estragos del tiempo, lo que no era el caso de su invitada—. ¿Quieres que te diga otra cosa hoy que me encuentras en plan de confidencias? Estoy más que convencida de que la vida comienza a los sesenta. Y si no me equivoco, Nicolás los cumple este año.

—Los cumple el año próximo —se apresuró a corregir Jacqueline, al recordar que su marido era un año menor que ella—. ¿Cómo te enteraste de que volvió al país?

—Me lo dijo un pajarito, un amigo mío, ¡pío, pío, pío! ¡Acaba de volver! Antes de que llegara, un apoderado suyo, tal vez un socio, había abierto ya la ferretería en el centro de Veracruz, a dos cuadras del hotel Diligencias, ¿te das cuenta? —le pasó una tarjeta, donde había escrito el nombre de Nicolás Lobato, y abajo el de la Ferretería Moderna, y la dirección en Veracruz. Alicia Villalba miraba con algo parecido al



estupor a Jacqueline, quien no preguntó nada más, no aludió a Nicolás ni a su separación o a un posible encuentro.

Tomaron el consomé. Luego el mesero les sirvió un trozo de Chateaubriand con legumbres. El menú era siempre decidido por la propietaria, quien tenía la impresión de que la obesidad de su invitada se debía a un exceso de harinas y a la falta de carnes. Jacqueline pasó un buen rato entretenida en cortar su carne en trozos muy pequeños, que después comió con la mayor lentitud, con tal expresión de vaguedad en la mirada que se hubiera podido pensar que estaba ebria. Alicia consideró que la noticia la había perturbado, que debía habérsela administrado paulatinamente, que con toda seguridad no podía sino pensar en Nicolás, por eso se quedó muy sorprendida cuando su amiga, a medio plato, comenzó a hablar y de que su conversación no tuviera ninguna relación con la noticia recibida sino que se refería por entero a los días aciagos de su detención, a la bazofia pestilente que hacían pasar por comida, a los interrogatorios que duraban noches enteras, realizados en un cuarto estrecho iluminado por un fuerte foco, de manera que ella nunca sabía si era de día o de noche, a la campaña de calumnias de que había sido víctima, a las declaraciones enloquecidas del profesor de historia del arte, el funesto Ferraris, que la prensa reprodujo con morboso lujo de detalles, y ese día extendió el relato a una zona que jamás había tocado ante ella, a la golpiza que aquel italiano enloquecido le había acomodado tan pronto como fue puesto en libertad y de la que psicológicamente nunca había logrado reponerse. Luego dijo que se sentía muy fatigada, que no podía ya con el sueño, y pidió que por favor le llamaran un taxi.

Alicia le insistió en que se quedara un poco más, debía probar el pastel de zarzamora preparado en su honor, pero ella se obstinó en marcharse. Al advertir su postulación, la anfitriona le pidió al chofer que la llevara en su automóvil.

En el coche, Jacqueline se echó a llorar, y siguió llorando en su casa durante casi toda la noche. En más de una ocasión se levantó para sentarse frente al espejo y decirse que el único hombre a quien había amado y respetado se llamaba Nicolás Lobato, y que desde el momento en que él la había abandonado su existencia carecía de sentido.

Pudo dormir cuando mucho unas tres horas. La mañana siguiente, después de bañarse y desayunar, a punto de salir rumbo a El Zodíaco, cambió de pronto de opinión, volvió a su cuarto, preparó de prisa una maleta, la metió en el auto y salió en dirección a la ciudad de México. No se detuvo allí sino para cargar gasolina. A eso de las seis de la tarde estacionaba su automóvil en Veracruz, al lado de la Ferretería Moderna.

Muerta de fatiga, semiinconsciente, maltratada por el viaje, Jacqueline entró en la ferretería en un estado sonambúlico. Cuando se dio cuenta estaba de pie frente a Nicolás Lobato. Vio a un hombre alto, de amplias espaldas, entrado en carnes, pero no precisamente gordo. Todo sonreía en él, los labios, los ojos, la piel. "A leguas se ve que es un hombre feliz", se dijo. Al mismo tiempo, a pesar del bienestar que exhalaba, pudo también advertir que durante los años de ausencia Nicolás había perdido el aspecto juvenil conservado hasta el día de su desaparición. También él había envejecido. Era un hombre dichoso, pero viejo. Él la miró con cierta perplejidad, y cuando al fin la reconoció ninguno de los dos supo qué decir. Jacqueline le tendió la mano y desvió la mirada. Nicolás Lobato abrió la portezuela del mostrador, la cruzó y la abrazó como se abraza a una hermana. Luego impartió unas cuantas órdenes a sus empleados. No regresaría esa noche para cerrar. Le preguntó a Jacqueline por su equipaje y la condujo al hotel donde estaba alojado.

Pensó que se pasarían la noche hablando, pero no fue así. Trataron sólo parte de lo ocurrido durante los años de separación. Ella supo que el licenciado Paredes le había enviado a su marido los artículos de prensa aparecidos durante su detención, que él había llegado a creer lo que decían sobre sus amores con Ferraris, aunque, por supuesto, no había dado crédito a las declaraciones referentes a un proyecto de asesinarlo. ¡Qué locura! Comentó que su alta presión lo había decidido a regresar al país, no quería morir en ninguna otra parte, que sus deudas estaban por entero saldadas, que su sueño, Las Palmas, estuvo por encima de sus posibilidades, pero que había valido la pena vivir por él, aunque el destino, único depositario de la verdad, ha-





bía determinado su estatura, haciéndolo acabar sus días en una ferretería, igual que como había empezado, que los años en el extranjero le habían dado una lección, la de aceptar los hechos tal como son, que la vida en el puerto le resultaba bastante agradable, que en un par de meses le entregarían una casa que tenía ya alquilada, con opción de compra; por el momento estaba en obras. Ella creyó que le llegaría el turno de hablar, pero tan pronto como Nicolás se refirió a la casa, le dio la espalda y se quedó dormido.

El sol los despertó muy temprano. Casi sin decir palabra, se bañaron, vistieron y bajaron a desayunar. Se sentía avergonzada por haberse abandonado tanto en los últimos años. Se detuvo un momento ante el espejo: vio a una bruja gorda y desmadejada. Le contó que se había mudado a Cuernavaca, donde consiguió un trabajo que le permitía mantenerse. Vivir en esa ciudad la hacía sentirse cerca de él. Gracias a eso había salvado la vida: del edificio en que vivía en México no quedaron sino los cimientos. El terremoto lo había hecho polvo. Después del desayuno, Nicolás la llevó a una joyería y ahí compró dos alianzas matrimoniales; le tomó la mano y le colocó una en el anular, al lado del viejo anillo del que nunca se había desprendido. Después él se colocó la alianza con su propia mano.

—Y no hablar ya más! ¡Lo que cada quien haya vivido estos años es ya cosa del pasado! ¡Estas alianzas lo borran todo! —exclamó Nicolás con un acento español muy marcado que, por lo que tenía de paródico, les facilitaba a ambos adaptarse a la nueva situación. Jacqueline recordó la lectura del Tarot hecha al llegar a Cuernavaca, y se preguntó si aquel reencuentro conyugal completaría por fin el Pentagrama que regía su existencia. Y en ese instante recordó que, si no se equivocaba, comenzaba la cuarta fase de su vida y que faltaba una última para que el Pentagrama quedara concluido.

Una vez en el coche, Nicolás la llevó en un viaje turístico hasta Boca del Río, emitiendo sin darse tregua una serie de comentarios banales sobre los lugares por donde pasaban, como si ella no conociera Veracruz. De regreso, a la altura de Villa del Mar, dio vuelta a la derecha y recorrió tres o cuatro cuadras, hasta detenerse frente a una casa en cuyo techo trabajaban algunos albañiles. Se la mostró con un amplio ademán.

—¿Tu casa?

—¡Así, es, señora mial! ¡He aquí la casa! Dentro de dos meses a más tardar podremos mudarnos. Bueno —añadió con tono enérgico—, tengo que volar a la ferretería. Te recogeré en el hotel a las dos de la tarde para que comamos juntos.

Hasta la voz de mando con que Nicolás Lobato le impartía sus instrucciones le resultaba agradable. Al llegar al hotel, volvió a verse en el espejo y no pudo ocultar la repugnancia que su aspecto le producía. Maldijo Cuernavaca. Aquel lugar aborrecible había acabado por transformarla en una vaca. Debía emprender de inmediato la recuperación de su cuerpo. ¡Nada mejor que la natación en el mar! Pidió una llamada a Cuernavaca. Se la dieron de inmediato. Le contó a Alicia Villalba todo lo ocurrido. Le dijo que se quedaría a vivir en Veracruz, y le pidió que por favor enviara a alguien a quitar su casa y se hiciera cargo de sus pocas cosas, hasta que le comunicara la dirección adonde podría enviárselas. Se tendió en la cama, pero dormir le resultó imposible. Salíó de su cuarto, se subió al auto y comenzó a dar vueltas por Veracruz. En un momento tuvo ganas de pisar el acelerador y no detenerse sino hasta llegar al café-librería El Zodiaco. Se sentía indigna, había convertido su vida en una porquería. Durante los treinta y tantos años que había durado su matrimonio con Nicolás Lobato no había hecho sino estupideces. Compró algunos periódicos y revistas y volvió a encerrarse en su habitación; luego bajó de nuevo a comprar un cuaderno y una estilográfica para intentar escribir una crónica de su noviazgo y de los primeros años de casada. Parecía haber olvidado todo lo aprendido en el taller de creación literaria. Intentó varias veces describir el lejano periodo de estudiantes, la noche en que Nicolás la llevó a un teatro frívolo a ver bailar a Kalantán, pero no logró avanzar más de media página, cada línea salpicada de tachaduras. Todo en su prosa le parecía deficiente, raquítico. Volvió a bajar. Se tomó un café y de pronto advirtió que eran las dos y cinco de la tarde y no estaba segura de si Nicolás pasaría por ella o si era ella quien debería ir a recogerlo en la ferretería. No tenía el número telefónico. Lo buscó en el directorio y no encontró registrado el nombre de la ferretería, por ser, evidente-



mente, demasiado nueva. Subió a su habitación y volvió a bajar; al fin, cuando estaba ya a punto de salir a buscar a su marido lo vio acercarse, rozagante, animoso, y ella sintió que estaba a punto de convertirse en un manojo de nervios a punto de desfallecer. Temió ponerse a llorar en público, pero, por suerte, esa vez pudo contenerse.

Comieron en Prendes. Luego pasaron a una de las cantinas del mismo portal a tomar un café y una copa. Jacqueline llegó a sentir que los años no habían pasado. Lejos de sus gobernadores, banqueros y demás personajes importantes, Nicolás volvía a ser de alguna manera el estudiante de derecho sencillo y simpático de cuarenta años atrás. Ese día, por primera vez desde que comenzó a tomar las pastillas antidepresivas, se atrevió a tomar una copa de brandy con el café. El efecto del licor, la música de la marimba, el infatigable ir y venir de la gente entre las mesas, la atmósfera de júbilo colectivo, habían logrado realizar un milagro: sus ojos volvieron a cobrar animación. Contempló extasiada a Nicolás. Entre sus párpados entreabiertos navegó una mirada lánguida que expresaba el placer del reencuentro.

Una lengua extranjera llegó de pronto hasta ellos. Un grupo de jóvenes marineros hablaba portugués en la mesa de junto. Jacqueline comenzó a disfrutar de la musicalidad de aquellas voces, del contrapunto de acentos viriles, juguetones y plebeyos, de quienes hablaban aquel idioma. Se quedó mirando al grupo con fascinación. Le preguntó a su marido de dónde creía que fueran aquellos muchachos. Él respondió que sin duda eran brasileños; los portugueses se comportaban de otro modo, eran menos espontáneos. Los deseos reprimidos en los últimos años se le presentaron con tal vehemencia que estuvieron a punto de derribarla. El mero hecho de oír aquella lengua parecía embriagarla. Sacó el espejo del bolsillo, lo colocó frente a su rostro y volvió a guardarlo con profundo disgusto. Miraba los rostros sudorosos de aquellos jóvenes, los ojos como adormecidos por el calor bajo grandes pestañas, la musculatura aterciopelada y peligrosa; disfrutaba de la armonía creada entre el habla y el movimiento de los cuerpos. Las visiones más osadas comenzaron a agitarla a un grado próximo al dolor. Daba pequeños saltos sobre su silla. Volvió la mirada hacia su marido y descubrió a un viejo pusilánime, insensible a sus deseos y a sus necesidades, el cual trataba con una risita boba de hacerse pasar por un muchacho, y se dijo que había sido la mayor imbécil del mundo al no haber tenido uno o varios amantes durante los años que permaneció enclaustrada en Cuernavaca en espera de que aquel pobre badulaque diera señales de vida. Volvió a decirse con rabia que si había existido alguna gran idiota en este mundo esa idiota se llamaba Jacqueline Cascorró, por haber aguardado durante tanto tiempo a aquel bueno para nada que un día había tenido la desfachatez de creerse un Rotschild.

Volvió a mirar a los jóvenes brasileños. Pelaban sus langostinos con los dedos. Al ver las manos grasosas, los labios brillantes, los gestos ávidos, se sintió recorrida por algo parecido a una descarga eléctrica, la visitó una visión tan perfecta como la que vislumbró muchos años atrás al quebrar una pata de cangrejo y oír el descorchamiento de una botella de champaña. Supo que la única manera de acabar con Nicolás Lobato sería con veneno. Los médicos certificarían como causa del deceso una intoxicación por mariscos. Su pierna rozó la del marido; con un movimiento furtivo le puso la mano sobre un muslo; quería deslizarla hasta la ingle, pero no se atrevió. La mirada que en el mismo momento en que le acariciaba una pierna clavó en el rostro de Nicolás Lobato estaba cargada de un odio acumulado y demencial. ◇

